Lo que despertaste en mí

Memorias de una transformación silenciosa

Samuel Jonathan Ccuno Flores

Lo que despertaste en mí
Memorias de una transformación silenciosa

© 2026 Samuel Jonathan Ccuno Flores
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo en el caso de citas breves utilizadas en reseñas.

Esta es una obra de carácter autobiográfico. Algunos nombres y detalles han sido omitidos o modificados para proteger la privacidad de las personas involucradas.

Primera edición, 2026

A quien, sin proponérselo, despertó en mí una versión más valiente y más honesta de mí mismo.

Índice

La primera mirada.....5

Sin pedir nada a cambio 15

La esperanza 21

El miedo a perder lo que nunca fue mío 28

Los silencios..... 39

El nombre que prefería.....45

Lejos sin haberse ido 52

Una forma distinta de quedarnos.....59

Amar... también es dejar libre 67

El segundo silencio 75

La nostalgia que no pide regreso.....81

Gracias, aunque no lo sepas 88

Lo que me llevo, aunque no me lleve a ti 95

Lo que nunca te dije..... 101

Si algún día lees esto.....108

Capítulo 1

La primera mirada

Llegó el sábado, como tantos otros ahora, la vi acomodar unas sillas antes de que empezara el servicio. Fue un gesto pequeño, de esos que ya no llaman la atención de nadie. Ella es —ahora— solo una hermana más de la congregación, y yo solo soy un hermano de la iglesia más para ella. Pero algo en la forma en que se movía, tan natural, tan suya, me llevó —sin que yo lo buscara— hasta otro sábado, mucho antes de todo lo que vendría después.

No hubo un instante exacto en aquel entonces. No hubo una puerta que se abriera, ni una luz distinta cayendo sobre ella. Eso es lo primero que tengo que aceptar, si quiero ser honesto con lo que realmente pasó: la conocí de siempre. Era parte del paisaje de mi vida desde antes de que yo supiera que ese paisaje algún día iba a importarme.

Durante años fue solamente eso: alguien de la congregación. Un rostro entre tantos, una presencia que no pedía nada y que yo tampoco buscaba. Mi propia relación con la fe, durante mucho tiempo, fue distante, casi de visita. La pandemia cambió eso. Empecé a asistir de verdad, a quedarme, a servir. Para el 23 ya era director de jóvenes, y ella, sin que yo lo notara todavía, lideraba uno de los grupos pequeños a mi cargo. La conocía. No la veía.

Un año después dejé ese cargo, pasé a ser maestro de una clase específica, un rol más tranquilo, con menos peso encima. Y fue ahí, en ese respiro, en ese acomodarme a algo distinto, que empecé a verla. No de golpe. No un sábado específico que pueda señalar con el dedo. Fueron sábados, en plural, repetidos, en los que algo se me iba revelando despacio: lo dedicada que era al servicio. La alegría con la que lo hacía. Lo rápido que aprendía cualquier cosa que se le pidiera, y lo poco que parecía esperar algo a cambio. No fue su rostro lo que empezó a quedarse conmigo, si no su forma de servir.

Hay algo que todavía me cuesta explicar con precisión, y es que la admiración que sentí por ella no nació separada de la transformación que yo mismo estaba viviendo. No fue que primero crecí espiritualmente y luego, con esos nuevos ojos, la empecé a apreciar. Fueron dos caminos que avanzaban en paralelo, sin que yo los estuviera tejiendo a propósito. Solo ahora, contándolo, entiendo que estaban conectados. En su momento, los viví como cosas completamente distintas.

Lo que ella despertó en mí no fue solamente cariño. Fue una pregunta incómoda sobre mí mismo: si ella podía desenvolverse así, con esa libertad, ¿por qué yo no desafiaba mis propios dones de la misma manera? Quise ser como ella. No para acercarme, al menos no al principio — quise ser como ella porque me mostró una versión de mí mismo que todavía no había decidido habitar.

Con el tiempo, hablábamos de actividades, de cosas pequeñas y cotidianas, y entonces fue que algo más nació adentro. Dejé de querer solamente admirarla. Empezó a aparecer una pregunta que no pedí permiso para sentir: ¿qué pasaría sí?

Esa pregunta no llegó sola. Llegó acompañada de miedo. No el miedo a que ella dijera que no, eso hubiera sido, de alguna manera, más simple. El miedo era otro: el de dar un paso y arruinarlo todo. Y cuando digo todo, lo digo sin exagerar: temía perder la relación con ella, el ambiente tranquilo que compartíamos en la congregación, su amistad, y también esa imagen que yo mismo había construido de lo que éramos, aunque nunca lo hubiéramos puesto en palabras.

Esa pregunta se quedó conmigo durante meses. No la dije. Todavía no. La cargué en silencio, sábado tras sábado, mientras la veía servir con esa misma alegría de siempre, sin saber que adentro de mí ya se estaba librando algo.

Nadie se dio cuenta de nada de esto. Ni mi familia, ni mis amigos, ni nadie en la congregación. Lo viví completamente hacia adentro, sin testigos, sin que alguien pudiera confirmarme si lo que sentía tenía sentido o era solamente una idea que yo mismo había inflado. Mi semana, sin que lo decidiera conscientemente, empezó a organizarse alrededor de un día: el sábado en que la vería de nuevo.

Hoy, cuando miro hacia atrás a ese hombre que apenas empezaba a notarla — antes de cualquier palabra, antes de cualquier decisión, cuando todavía todo era solo una pregunta callada — no siento la necesidad de cambiar nada. Si pudiera volver, habría hecho exactamente lo mismo.

Porque esta no es, al final, una historia sobre lo que dije o dejé de decir. Es la historia de cómo alguien, sin proponérselo, me mostró una versión más valiente de mí mismo, mucho antes de que yo supiera qué hacer con esa valentía.

Vuelvo a este sábado, a las sillas recién acomodadas, al saludo breve de hermanos que ya no son nada más. Y pienso que ese hombre del 24, el que apenas empezaba a notarla, no tenía idea de todo lo que estaba por vivir. Pero tampoco lo necesitaba. Solo necesitaba esa pregunta callada, y el tiempo se encargó del resto.

No fue tu voz.

Ni tu mirada.

Fue la extraña sensación
de que alguien existía
como yo siempre había querido existir.

Y desde ese instante,
la pregunta dejó de ser quién eras tú.

Comenzó a ser
quién podía llegar a ser yo.

Capítulo 2

Sin pedir nada a cambio

Hace poco vi cómo acompañaba a un par de guitarristas amateurs que apenas se atrevían a tocar frente a la congregación. Los animó a salir, y cuando salieron, cantó junto a ellos, no delante de ellos, para que no se sintieran solos en el intento. Nadie a su alrededor pareció notar lo natural que es para ella sostener así a alguien. Pocos notamos aquello. Y yo —ahora— lo noto. Y esa escena, tan suya, me

devolvió a un tiempo donde yo todavía estaba aprendiendo a ver lo que ella hacía.

Antes de admirarla por algo más profundo, la admiré por algo simple, pues ella nunca esperaba a que le dijeran qué hacer. Siempre tenía una idea lista, una sugerencia, una propuesta, ya fuera coordinando un grupo o apoyando en cualquier otra actividad de la iglesia. Cuando le pedían ayuda, no la daba a medias. Se entregaba por completo, con ese tipo de esfuerzo silencioso que no busca que nadie lo aplauda, solo que las cosas queden bien hechas.

Yo venía de un año agotador. En el 23 fui director de jóvenes, un cargo que asumí con todo el peso que eso implica, y que terminé con poco apoyo y bastante cansancio. Decidí tomar un descanso de esa responsabilidad y pasé a ser maestro de escuela sabática, un rol más tranquilo. No fue que perdiera el don —sé que no habría llegado a dirigir jóvenes si no lo tuviera— simplemente necesitaba respirar.

Y fue en ese respiro que empecé a verla servir así, sin pausa, sin agotamiento visible, sin pedir nada a cambio. No sentí culpa al compararme con ella. Sentí curiosidad. Una pregunta tranquila, sin reproche: ¿qué estaba haciendo yo con lo que tenía?

No fue ella quien me enseñó que amar es servir sin esperar nada de vuelta. Esa idea ya vivía en mí, en algún lugar que todavía no había encontrado las palabras para nombrarlo. Lo que ella hizo fue mostrármela en carne y hueso, hacerla real, hacerla posible de imitar. Desde entonces, también he dado ese empujón a otros —lo hacía ya cuando era director de jóvenes, animando a quienes dudaban de su propio valor. No lo hago siempre. Hay días en que se me olvida, o en que simplemente no tengo la energía para sostener a alguien más. Pero cuando lo hago, sé exactamente de dónde aprendí a hacerlo bien.

Vuelvo a esos guitarristas, a esa tarde reciente, y pienso que hay aprendizajes que no necesitan ser declarados para ser reales. Ella probablemente nunca supo que, mientras sostenía a alguien nervioso frente a una guitarra, también seguía sosteniendo, sin saberlo, una pregunta que empezó en mí hace años y que todavía sigo respondiendo.

No eras el destino.

Eras la dirección.

El camino,
al final,
siempre tendría

que recorrerlo solo.

Capítulo 3

La esperanza

Hace unos días, sin buscarlo, encontré en mi teléfono el chat de aquella racha de TT. Ya no se actualiza, lleva meses en silencio, pero ahí seguían los primeros mensajes, los de diciembre del 24. Los leí sin esperarlo, casi de pasada, y algo en ese desorden de videos compartidos y comentarios cortos me devolvió a un tiempo en el que todo era posibilidad y nada estaba decidido todavía.

No empezó con ninguna intención de mi parte. Esa Navidad hubo una actividad en la que consistía dar —en definitiva— más amor, actividad donde ella y una amiga repartían tickets para un sorteo. En algún momento se acercaron a pedirme apoyo, una recomendación para hacer mejor el trabajo. Nada más que eso. Pero de aquella fecha, casi sin que lo decidiéramos, empezamos a hablar más seguido, y por una casualidad —ella que, casi no usaba TT— nació una racha que no esperaba que durara.

Al principio no le di mucho peso. Era solo una forma distinta de mantenernos en contacto. Pero conforme pasaban los días, esa racha empezó a importarme de una manera que no había anticipado. Notaba que ella también me prestaba más atención, y no quería que eso se acabara. Empecé a mandarle videos como quien dice "la pasé bien hoy", mensajes simples para decirle que era una persona genial, sin la intención de ponerle nombre a lo que estábamos construyendo. Por alguna razón que ninguno de los dos se detuvo a explicar, terminamos hablándonos en inglés casi todo el tiempo, como si ese idioma prestado nos diera un espacio propio, distinto del resto de nuestras conversaciones.

No tenía una imagen clara de lo que ese algo más podía ser. No imaginaba conversaciones futuras ni momentos específicos. Era más bien una sensación abierta, sin forma todavía, como una puerta que se entreabre sin que nadie sepa qué hay del otro lado. Y, aun así, me sentía pleno solo con ser su amigo, con poder estar cerca, con la posibilidad —no la certeza— de algún día significar algo más para ella.

Hay algo de mí mismo que también descubrí esos días: no soy alguien que se entrega con facilidad. Nunca me ha movido lo exterior, aunque claro que importa; lo que realmente me conquista es el carácter de una persona. Por eso me sorprendió sentir esa esperanza otra vez, después de tanto tiempo de no permitirme sentir nada parecido. No fue una decisión. Simplemente, viendo quién era ella, volví a sentir algo que pensé que ya no me sucedería.

No hubo una cuenta regresiva hacia enero. No me dije "se lo voy a decir tal día". La esperanza de ese diciembre no necesitaba un plan. Solo necesitaba tiempo para crecer, y yo estaba dispuesto a darle ese tiempo, sin apuro, sin exigirle al futuro que se revelara antes de estar listo.

Cierro el chat en mi teléfono y vuelvo a este presente, donde esa racha ya no existe y ella es, otra vez, solo una hermana de la congregación. Pero algo de esa esperanza de diciembre de 2024 sigue intacto en mí, no como un deseo de que vuelva, sino como el recuerdo de haberme permitido, después de mucho tiempo, esperar algo bueno sin pedirle pruebas al porvenir.

Lo más hermoso
no fue pensar en un mañana.

Fue descubrir

que mi corazón

había dejado de esconderse
del mañana.

Capítulo 4

El miedo a perder lo que nunca fue mío

Esta semana anunciaron la actividad de Caleb avanzada. Vi el cartel en el pasillo de la iglesia, con la fecha y el lugar, Tacna, y por un momento no pude evitar pensar en otra actividad, el del 25, el que terminó cambiando silenciosamente la forma en que ella y yo nos tratábamos desde entonces.

Todo empezó antes de eso, en enero, con algo muy simple. Después de muchos mensajes de TT donde nos admirábamos sin decirlo del todo, me nació regalarle un chocolate. No había nada que celebrar, ningún día especial. Simplemente pasamos cerca el uno del otro y le entregué, junto con el chocolate, una carta donde le decía que la admiraba mucho y que la quería. Nada más que eso. Una forma sencilla de decir lo que sentía.

Ella me sorprendió días después con su propia carta: un origami que se abría poco a poco, y al abrirse, revelaba que también me quería. Me lo entregó con la misma discreción con la que yo le había dado la mía —rápido, casual— sin que nadie se diera cuenta. Recuerdo la sorpresa, la felicidad, y también los nervios de los dos, ella tan tímida, yo sin saber bien qué hacer con tanta dicha guardada en un papel doblado.

Lo que esperaba después de eso era simple: seguir como hasta entonces, en la iglesia, en el TT, apoyando en cada actividad, pero ahora con la certeza silenciosa de que nos teníamos el uno al otro. Sin embargo, eso resultó ser algo que solo yo esperaba. Desde ese momento empecé a notarla más distante en persona. No sé si era nervios o algo más, pero la distancia, sutil al principio, se hizo más evidente conforme pasaban los días.

Para cuando llegó el campamento de febrero, yo ya cargaba esa incertidumbre. Llevaba un regalo para ella: un llavero hecho a mano y una pequeña libreta con versículos de la Biblia, pensada para que tuviera algo a la mano en cualquier momento difícil del viaje, algo que la ayudara a no sentirse estresada ni sola. Pero ella me evitaba ahí, y yo no sabía si acercarme o quedarme quieto.

La oportunidad llegó cuando su amiga tuvo que regresar por algo que se le había olvidado en casa. En ese trayecto le conté a la amiga que tenía una racha con ella, esperando que entendiera la situación sin que yo tuviera que explicar más. La amiga se sorprendió, dijo que no lo había notado. Le pedí que le entregara la pequeña libreta, porque sabía que ella no llevaría su teléfono al campamento y temía, sin razón real, que la racha se perdiera. Quería, de alguna forma, seguir apoyándola incluso sin poder hablarle directamente.

La amiga le entregó el llavero y la trajo de vuelta para que pudiéramos despedirnos antes de que partiera el bus. Solo alcancé a decirle "esfuérzate", con mucha timidez. Ella asintió, con un semblante triste y nerviosa por completo, y así, sin más palabras, nos despedimos.

Lo que de verdad cambió todo no fue ese momento, sino después, ya en el viaje. La amiga me escribió por chat, preguntándome qué era lo que me gustaba de ella. Fui sincero. Le dije que quería ser como su hermano, que la quería cuidar, apoyarla, que me parecía linda, que la admiraba por todo lo que ya sabía. Era una conversación privada, solo entre nos.

No puedo decir que me sorprendió que se supiera. De alguna manera, ya sabía que algo así podía pasar —por eso elegí esas palabras, "como su hermano", como una forma de protegernos a los dos de antemano. La conversación era solo entre la amiga y yo, pero meses después me enteré de que alguien cerca de ella se había enterado primero, y de ahí siguió creciendo hasta que todo el campamento lo supo. Ella fue —en mi imaginar— de las últimas en saberlo.

Lo que sí sentí, cuando finalmente confirmé que todos se habían enterado, no fue sorpresa ni vergüenza por mí. Fue preocupación por ella. No supe medir bien cómo la afectaría verse expuesta así, sin haberlo decidido, y menos aún enterarse después que todos los demás. Tal vez no pensé en ella tanto como debía. Tal vez, sin querer, la dejé sola frente a algo que no eligió del todo.

Guardo el cartel del nuevo campamento en la memoria un momento más antes de seguir caminando. Pienso en aquel "esfuérzate" tímido, en el origami que aún no sé dónde está, en la pregunta que nunca terminé de responderme: si la cuidé tanto como creía estar cuidándola, o si, en el intento de acercarme, también la expuse a algo que ella no pidió.

Hay una diferencia
entre querer a alguien
y aprender a cuidarlo.

Yo la entendí

demasiado tarde.

Capítulo 5

Los silencios

Guardando unas cosas hace poco, encontré una caja pequeña donde conservo algunos obsequios. Entre ellas, un tulipán seco, de esos que llaman eternos, ya sin color, solo la forma. Lo sostuve un momento, sin abrirlo del todo, y pensé en todo lo que ese tulipán representaba: un capítulo entero de mi vida donde dimos y dimos sin nunca llegar a nombrar lo que estábamos dando.

Después de lo que pasó en el campamento, seguimos escribiéndonos. Cartas, pequeños regalos, cosas muy simples. En persona, sin embargo, ella se alejaba poco a poco. Yo lo notaba: se reservaba más cada vez que hablábamos, como si la cercanía misma le costara. No sabía si era por mí, por lo que pasó, o por algo que no tenía nada que ver conmigo.

Una vez le pregunté, por chat de TT, qué le pasaba. Me dijo que eran cosas suyas, que no pasaba nada. No volví a preguntar, aunque poco a poco empezaba a sentir que, de alguna forma, la estaba lastimando con mi propia manera de acercarme.

También evitaba que nos vieran juntos, pero eso no nació del campamento. Ya antes me preocupaba lo que la gente pudiera pensar o comentar, viviendo en una congregación donde todos se conocen y cualquier cercanía se nota. Después del campamento, esa preocupación solo creció.

Y, aun así, por el día de la amistad, le di doce tulipanes eternos, un corazón y una tarjeta. No fue casualidad que justo esos días yo saliera de viaje con el coro de mi iglesia —ese viaje ya estaba planeado desde antes—, pero sí fue intencional dejarle algo antes de irme. No buscaba que me perdonara nada. Quería que supiera que seguía siendo el mismo que le había prometido cuidarla, a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros sin que lo dijéramos en voz alta.

Ella me dijo gracias, que era un lindo detalle. Solo puedo pensar en que se emocionó. Pero ese "gracias" fue, otra vez, una palabra que cerraba la conversación sin abrir nada más.

Siempre demuestro más de lo que debería. Lo sé ahora, y de alguna manera ya lo sospechaba entonces. Mientras ella se volvía más reservada, yo insistía con gestos cada vez más grandes, como si el tamaño del regalo pudiera compensar lo que ninguno de los dos se atrevía a decir con palabras. Nunca pusimos en la mesa —aunque lo prometimos— lo que sentíamos. Simplemente lo dejábamos salir, a través de detalles, más yo que ella. Y creo, viéndolo ahora con calma, que mi propia intensidad terminó siendo demasiado para ella también.

Vuelvo a guardar el tulipán seco en su caja. No me arrepiento de haberlo dado. Pero entiendo, después de tanto tiempo, que el silencio que vivimos entonces no era solo de ella. También era mío, cada vez que elegía no preguntar de nuevo, cada vez que prefería demostrar en lugar de hablar.

El silencio
puede ser un refugio.

Pero cuando dura demasiado,
también aprende a parecerse

a una despedida.

Capítulo 6

El nombre que prefería

Hace poco los vi hablar en la iglesia, a ella y a ese joven que la conoce desde antes que yo. Hablaban con la naturalidad de quienes se conocen bien, sin ninguna tensión visible. Los miré un momento, y no sentí nada parecido a lo que sentía hace un año. Solo me quedé pensando en cuánto tiempo me tomó llegar hasta esta calma.

Él la conocía desde antes de que yo entrara en su vida. Tenían una amistad que no se rompió, ni siquiera cuando yo aparecí en el medio. Me enteré, por ella misma, que él sabía muchas cosas suyas que yo no sabía. Pensé, en su momento, que yo pude haber sido eso para ella —esa persona que lo sabe todo, que tiene ese lugar de confianza—, pero nunca llegué tan lejos. Él ya tenía lo que yo más quería.

Eso me dio celos. No celos de él como persona, ni un deseo de competir o desplazarlo. Eran celos de la situación: de que esa cercanía ya existiera, completa, sin espacio para que yo entrara de la misma manera. Y junto con los celos llegó la tristeza, la sensación de ir siempre un paso atrás, de que, si yo insistía en acercarme más, lo único que lograría sería desordenar algo que ya estaba en equilibrio entre ellos dos.

Entre los meses de invierno del 25, mientras ella se distanciaba de mí, la vi acercarse más a él. Se regalaban cosas, hablaban seguido. No fue difícil notar la relación entre ambas cosas: mientras yo perdía terreno, él lo ganaba. Llegué a pensar que mi sola presencia, de alguna manera, le hacía mal a ella.

Esa idea me dolía profundamente, pero no me alejé del todo. Lo único que sostenía lo que quedaba entre nosotros era una racha de TT, frágil pero constante, el único hilo que todavía nos unía.

Nunca le dije nada de esto. Ni a ella, ni a nadie. Hablar del tema, en ese momento, se sentía como el camino más corto hacia perderla por completo, justo cuando ya me evitaba lo suficiente. Así que cargué con los celos en silencio, sin nombrarlos, dejando que vivieran solo dentro de mí.

Todavía hoy sueño con poder hablar de esto con ella, aunque sé que no tengo la fuerza para hacerlo. Tal vez por eso escribo este libro: porque hay cosas que no puedo decir en voz alta, pero sí puedo dejar escritas, para que descansen en algún lugar fuera de mí.

Y, sin embargo, algo cambió. Desde aquel entonces empecé a pensar que, si ese joven la hace feliz, yo estoy bien con eso. Ella marcó algo en mi vida con solo su presencia, me enseñó cosas que en ese momento no pude entender ni agradecer. Hoy puedo decir, con honestidad, que soy feliz sabiendo que ella dejó una huella en mí, sin que eso necesite ninguna otra cosa a cambio.

Los veo seguir hablando, ahí, con esa naturalidad de siempre. Y por primera vez en mucho tiempo, no siento la necesidad de mirar hacia otro lado.

El día
que dejé de competir
con quien caminaba a tu lado,

descubrí que la batalla
siempre había sido

contra mí mismo.

Capítulo 7

Lejos sin haberse ido

Esta semana se cumplió otro aniversario de mi iglesia. Durante la semana de oración, mientras escuchaba los mismos cantos de siempre, no pude evitar recordar otra semana de oración, la del año pasado, una noche en que todo cambió entre nosotros sin que ninguno de los dos lo dijera abiertamente.

Esa noche estábamos afuera, conversando, hasta que entramos a un salón casi al mismo tiempo. Ella notó que algo me pasaba y me preguntó qué tenía. Le dije que estaba bien, solo un poco estresado, sin darle ninguna explicación real. Entonces ella dijo algo que se quedó conmigo: que su mente pensaba muchas cosas. Le respondí que a mí me gustaría saber todo lo que ella pensaba. Ella cerró la puerta de inmediato —diciendo—: "son cosas mías, no le dé importancia."

Creí, en ese momento, que se refería a mí. Quizás me equivoqué, quizás no, pero esa posibilidad bastó para que sintiera que algo se estaba abriendo entre nosotros, algo que ella decidió no terminar de mostrar.

Esa misma noche, dándome cuenta de que no era justo que ella se preocupara por mí sin que yo le dijera nada real, le escribí. Le conté lo del joven, lo de su amistad con él, que no me sentía bien por esa razón. No le hablé de celos —ni siquiera me atreví a nombrarlos así para mí mismo en ese momento—, solo le dije que no quería dañar lo que ella tenía con él.

Al día siguiente, ella respondió que no estaba lista para ninguna relación, y quiso terminar la amistad conmigo por completo. Le dije que la entendía, pero que no se fuera, que alejarse así no era bueno para ninguno de los dos. Sabía, incluso mientras lo decía, que pedirle eso quizás no era pensar primero en ella. Lo dije de todas formas.

Ese mes no trajo ningún cambio real. Ella seguía evitándome, aunque hubo pequeños momentos donde parecía valorar mi compañía, instantes breves que me hacían feliz en medio de tanta incertidumbre. Lo único que nos seguía uniendo era la racha de TT, y yo hacía lo posible —con un chat, con un detalle pequeño— para que esa chispa no se apagara del todo.

Cargué con un peso que crecía día a día, y aunque nunca tuve certeza, siempre sospeché que ella sabía exactamente cuánto pesaba. Es muy atenta, muy inteligente, y yo nunca he sido bueno ocultando lo que siento, sobre todo cuando se trata de —ya lo sabes— melancolía. Probablemente se me notaba en la cara más de lo que yo creía.

Ella estaba ahí, pero ya no. Y yo era quien la mantenía ahí, aunque una parte de mí ya sabía que no debía.

Hoy, con la distancia que da el tiempo, pienso que debí haber dejado las cosas claras esa noche, aunque doliera más en el momento. Después de abril, aunque ella se soltó un poco más, en el fondo nada cambió realmente. Quizás la claridad, por dolorosa que fuera, hubiera sido más generosa para los dos que la ambigüedad que terminamos sosteniendo.

Termina la semana de oración de este año, y salgo de la iglesia con esa misma sensación de siempre: que algunas cosas, aunque ya pasaron, todavía piden ser dichas con honestidad, aunque sea solo en estas páginas.

Seguíamos hablando.

Seguíamos sonriendo.

Seguíamos estando.

Pero había una verdad
que caminaba
unos pasos delante de nosotros.

Y ninguno

quería alcanzarla.

Capítulo 8

Una forma distinta de quedarnos

Hoy abrí TT sin pensarlo, como hago casi todos los días, y vi la notificación de una racha con otra persona, una racha reciente, de apenas unas semanas. Me detuve un segundo antes de responder. Pensé en aquella otra racha, la que sostuvimos durante casi un año entero, y en cómo algo tan pequeño —un video al día, una respuesta al siguiente— puede convertirse en la forma que toma una relación cuando ya no sabe qué nombre tener.

Después de marzo, cuando ella pidió distancia y yo insistí en que no se fuera del todo, no hubo una reconciliación clara ni una conversación que arreglara las cosas. Lo que hubo fue esto: un mensaje un día, una respuesta al siguiente, videos que generalmente eran para apoyarnos el uno al otro, charlas fugaces sobre lo que pasaba en la iglesia. Nada constante ni fluido, sino un intercambio pausado, casi ceremonial. Una amistad sostenida a un ritmo lento pero constante, como quien camina despacio no porque no tenga prisa, sino porque no sabe bien hacia dónde ir.

Ella, de su parte, parecía más suelta que antes, aunque sin un patrón claro. Había días donde reaccionaba a los videos, donde mandaba alguno bonito dándome ánimos, donde la cercanía se sentía casi como antes de todo aquello. Y había otros donde simplemente no. Nunca entendí del todo qué hacía la diferencia entre un día y otro, y sospecho que ella tampoco lo sabía. No fue un proceso lineal. Fue, más bien, dos personas probando, sin certeza, cuánto podían acercarse de nuevo sin volver a romper algo.

Lo difícil no fue la distancia ni la cautela. Lo difícil fue que, en medio de esa rutina pequeña, la esperanza volvió a aparecer, y volvió con el mismo peso de marzo. No llegó sola esta vez. Llegó cargando el recuerdo del dolor anterior, como si cada ilusión nueva tuviera que arrastrar también la huella de la que la precedió. Sostuve las dos cosas a la vez —la esperanza y el dolor— durante meses, sabiendo, incluso mientras lo hacía, que no era sano para mí. Lo supe entonces, y aun sabiéndolo, no até la una sin la otra. No las separé ni para protegerme.

Nunca pensé en detener la racha. Nunca pensé en alejarme. Lo más honesto que puedo decir de esos meses es que en ningún momento, ni en los más cautelosos, consideré seriamente soltar. Y si tuviera que nombrar lo que sostenía esa certeza, diría que era el simple valor de tenerla cerca, en cualquier forma en que eso fuera posible. Y también su manera de ser: su cuidado por la iglesia, su forma de apoyar sin que nunca le flaqueara, algo que no encuentro fácilmente en otras personas, y que de alguna manera me seguía moviendo a mí, incluso en los días donde todo lo demás dolía.

Hoy, mirando hacia atrás, pienso que debí haber dejado en claro mis sentimientos en algún punto de ese año, en lugar de sostener esta forma a medias de quedarme cerca. Pero también he aprendido a no juzgar con demasiada dureza al que fui entonces. Cuando le pregunté a esa parte de mí qué la detuvo, la respuesta que me llegó fue simple, casi desarmante: no se podía. No había un miedo concreto que nombrar, ni una excusa clara. Solo la certeza de que, en ese momento exacto de mi vida, yo no tenía las herramientas para hacer lo que hoy veo con tanta nitidez.

Eso es algo que entendí escribiendo este capítulo: que la claridad casi nunca llega cuando más la necesitamos. Llega después, con la distancia, cuando ya no cuesta nada decir lo que debió decirse. Y quizás el aprendizaje no es lamentar no haberlo dicho entonces, sino aceptar que ese silencio también fue, a su manera, lo único que pude ofrecer en ese momento.

Cierro TT. La notificación de la racha ajena sigue ahí, sin responder todavía. Pienso que hay rachas que terminan, y otras que simplemente se quedan en nosotros, convertidas en memoria, mucho después de que el contador haya dejado de sumar.

El tiempo
no cambia el pasado.

Solo nos presta
los ojos

que antes

todavía no teníamos.

Capítulo 9

Amar… también es dejar libre

Hace unos días, mientras ordenaba un cajón, encontré un polo blanco que nunca usé. Lo compré hace meses, parecido al que le regalé a ella en la siguiente Navidad, y no sé bien por qué lo guardé sin estrenar. Me quedé un momento con la prenda en las manos, y sin buscarlo, volví a finales del 25, a esa noche donde una racha de TT se apagó sin que yo lo decidiera, y donde empezó, sin que lo supiera

todavía, una despedida que tardaría una semana en llegarme por completo.

Ese año no me tocaba regalarle nada en el intercambio formal de la iglesia. No tuve esa suerte. Pero quise darle algo de todas formas, porque para mí seguía siendo alguien especial, y un polo blanco fue lo que encontré para decir, sin decirlo, que todavía me importaba. Se lo entregué rápido, casi de paso, cuidando que nadie lo notara. Antes de eso la había citado para coincidir un momento, con la idea de contarle algo más adelante, algo que guardaba para después. Nunca llegué a decirlo. Ella tenía, sin que yo lo supiera entonces, algo propio que también estaba guardando para más adelante: una carta, dirigida a mí.

Esa misma noche, después del regalo, la racha se perdió. Todavía podía reactivarse, y decidí no hacerlo yo. Quería que fuera ella quien la reactivara, como una forma silenciosa de medir si aún le importaba. Nunca se reactivó. Pasaron los días, y con ellos el contador llegó a 333, un número que durante casi un año había significado constancia, ahora convertido en el final de algo que ninguno de los dos terminó de nombrar mientras ocurría.

Lo que más me costó de esa semana no fue la racha. Fue que ella dejó de ir a la iglesia, y durante tres semanas no supe nada de ella. Me preocupé de verdad —no por nosotros, sino por ella—, pensando si algo le había pasado, si estaba bien. La racha me importaba poco frente a esa incertidumbre. Cuando finalmente supe, por buena fuente, que simplemente se había ido a otro lugar, sentí alivio antes que cualquier otra cosa. El dolor llegó después, cuando ya no había nada más de qué preocuparme, y solo quedaba la despedida en sí.

Esa despedida no me la entregó ella en persona. Me llegó a través de una amiga, en una carta escrita a mano, con manchas de color rosa por todo el papel, como si las palabras necesitaran algo más para sostenerse. Me decía que yo era una persona increíble, que merecía a alguien distinto a ella, que agradecía cada gesto que tuve, y que sentía que había llegado el momento de cerrar ese capítulo. Me pedía perdón por no despedirse en persona, y decía que la racha de 333 días ya no la reactivaría, aunque eso también le doliera a ella.

La leí con calma, varias veces. Y entendí algo que quizás ya sabía, pero que nunca había aceptado del todo: que ella es perspicaz, atenta, y que probablemente conocía el peso que yo cargaba mejor de lo que yo mismo lo admitía. Lo hizo con cuidado, con palabras pensadas para no herir más de lo necesario. Y aunque dolió, lo acepté, porque siempre busqué su felicidad, incluso antes de la mía.

En el aniversario del 25, cuando ella pidió distancia por primera vez, le dije que no se fuera, que alejarse así no era bueno para ninguno de los dos. Esta vez no dije nada. No pedí que se quedara. No busqué una despedida distinta a la que ella eligió darme. Lo que cambió entre esos dos momentos no fue que dejara de dolerme —dolió igual, quizás más—, sino que esta vez entendí que insistir sería, otra vez, pensar primero en mí. Y por primera vez, tuve la oportunidad de tomar la mejor decisión para ella, no para mí, y la tomé.

Guardo el polo blanco de nuevo en el cajón. No sé si algún día lo voy a usar. Pero ya no me pesa tenerlo ahí, sin estrenar, como tampoco me pesa ya esa despedida que no pude completar en persona. Hay formas de amar que no se notan, y dejar ir a alguien, sin pedirle nada a cambio, es una de ellas.

Durante unos segundos
imaginé todas las palabras
que habrían podido acercarte otra vez.

Después comprendí
que ninguna de ellas
habría nacido pensando en ti.

Todas nacían del miedo
de volver a perderte.

Y entonces elegí el silencio.

Capítulo 10

El segundo silencio

Esta noche, mientras escribía estas páginas, abrí mi mochila y encontré la carta. Sigue ahí, doblada de la misma forma en que la dejé hace meses, con la misma letra que escribí pensando que esa noche cerraría algo. La sostuve un momento sin abrirla del todo. No necesitaba leerla para recordar lo que decía. La escribí para despedirme, para decirle que iba a estar bien, para que ella también lo supiera.

Nunca se la entregué. Y aquí está todavía, como un recordatorio silencioso de que cerrar un capítulo y soltarlo del todo no siempre son la misma cosa.

Los primeros meses del año en el que escribo esto, fueron meses de un silencio distinto al primero. Antes hubo distancia, pero quedaba la racha, quedaban pequeños gestos que sostenían algo. Esta vez no quedó nada de eso. Los sábados, al cruzarnos en la iglesia, ella simplemente volteaba, o me veía y seguía de largo, sin ningún saludo. A veces yo insistía un poco, buscaba un gesto pequeño. Otras veces era yo quien la evitaba primero, no por resentimiento, sino porque no quería incomodarla. Cuidé su comodidad incluso en esos días donde lo único que tenía cerca era su ausencia.

Fue en medio de ese silencio que escribí la carta. La necesidad de cerrar algo de mi parte también, de decirle —aunque fuera en papel, aunque nunca llegara a sus manos— que entendía el porqué de la suya, que iba a orar por ella siempre, que estaría bien. Pero el tiempo pasó, la evasión se extendió, y cuando pensé en entregarla ya habían pasado semanas. Sentí que ya era tarde, que esa carta había perdido el momento al que pertenecía. Así que la guardé, sin saber todavía que seguiría guardándola meses después.

Lo que más me cuesta admitir, escribiendo esto ahora, es que conservarla no fue solo por falta de oportunidad. La sigo teniendo porque, aunque mi mente entiende que ella se fue, en algún lugar dentro de mí todavía no la he soltado del todo. Aceptar no siempre significa soltar. Puedo entender su decisión, respetarla, incluso agradecerla con el tiempo, y aun así cargar algo que no termina de cerrar.

El cambio llegó sin anuncio, casi sin que ninguno de los dos lo decidiera. Finalizando el primer trimestre, evitarnos ya no era sostenible —tarde o temprano los hermanos de la iglesia lo iban a notar—, y poco a poco la conversación volvió a fluir. Hoy hasta bromeamos, hablamos con naturalidad, como dos personas que comparten una congregación y nada más. No sé qué piensa ella cuando me ve. Pero por mi parte, lo digo con la misma honestidad con la que escribo todo esto: no la he olvidado todavía.

Cierro la mochila. La carta se queda donde estaba, sin entregar, quizás sin necesidad de entregarse nunca. Empiezo a pensar que estas páginas son, de alguna manera, la versión más honesta de esa carta —la que finalmente sí logro terminar de escribir—, aunque sea solo para mí.

La vida
continua.

Pero avanzar
no siempre significa
haber dejado atrás.

A veces significa
llevar una ausencia
con tanta delicadeza

que nadie más

alcanza a verla.

Capítulo 11

La nostalgia que no pide regreso

Hay días en que estoy almorzando, o caminando sin rumbo fijo, o simplemente abriendo TT antes de dormir, y ella aparece en mi cabeza sin que nada la haya llamado. No hay una canción, no hay un lugar, no hay un sábado en la iglesia que la traiga. Llega así, sin permiso, en medio de lo más ordinario del día, y me doy cuenta de cuánto ha calado su presencia en mí. No solo su rostro o su voz,

sino su manera de ser, su forma de actuar, algo que terminó por instalarse en un lugar que no decidí abrir.

Durante mucho tiempo no me permití decirlo con claridad, ni siquiera a mí mismo: lo que sentía por ella no era solamente admiración, ni el cuidado fraterno que alguna vez intenté ofrecerle por miedo. Quería que estuviera conmigo, no como amiga, no como hermana, sino como compañera. Nombrar eso ahora, con la distancia que da el tiempo, no cambia nada de lo que ya pasó, pero me ayuda a entender mejor por qué esta nostalgia pesa de una forma distinta a otras cosas que he dejado atrás en la vida.

Al principio, cuando ese pensamiento llegaba sin avisar, lo que sentía era tristeza. Una tristeza simple, casi automática. Con el paso de los meses, sin embargo, algo ha ido cambiando: esa misma nostalgia empieza a saber distinto, más cerca de la gratitud que de la pérdida. Voy entendiendo, poco a poco, que lo nuestro jamás pudo haber sido —por las circunstancias, por lo que ambos sabíamos desde el principio— y que, aun así, lo que aprendí en el camino tuvo que ser justamente con ella, y solo con ella.

Aprendí, sobre mí mismo, a desarrollar los dones que Dios me dio. Verla entregarse así a su servicio en la iglesia, sin que nada la hiciera flaquear, terminó siendo una especie de espejo que me movió a buscar también mi propio lugar, mis propios talentos. Y aprendí, sobre el amor, algo que no esperaba: que amar también es reconocer que se puede perder. Ambos sabíamos que no se podía, y aun así nos dejamos llevar, conscientes del riesgo, y al final nos perdimos el uno del otro. Pero incluso en esa pérdida hay algo que agradezco: ella lo hizo con amor, no con frialdad. Me dio, sin saberlo quizás, la oportunidad de enmendar lo que en su momento no supe decir bien. Y por eso, aunque doliera, me alegro de que haya sido ella.

Hoy, en este presente desde el que escribo, no puedo decir que ya llegué a la paz completa. Todavía la noto. Todavía me alegran sus logros y me entristecen sus penas. Todavía siento, de vez en cuando, un poco de celos silenciosos cuando alguien se acerca a hablarle, aunque ya no formo parte de su vida y entender eso me está tomando más tiempo del que pensé. Hay una frase que recuerdo en momentos así: que mi yo hombre lo está haciendo bien, que ya la fue soltando; pero que mi yo niño, ese que todavía espera, necesita ánimo, porque sabe que hubiera querido que fuera ella, y que una persona así no se encuentra dos veces.

La extraño. Eso no lo voy a negar en estas páginas, porque negarlo sería traicionar todo lo que este libro intenta ser. Pero también avanzo, un paso a la vez, sin prisa, sin forzar lo que todavía no termina de cerrarse. La nostalgia que siento hoy no pide que ella vuelva. Pide, simplemente, que lo vivido tenga un lugar donde quedarse, sin que ese lugar me detenga de seguir caminando.

Las historias
no siempre fracasan
porque terminan.

Algunas cumplen
su propósito

precisamente

porque nunca
comenzaron.

Capítulo 12

Gracias, aunque no lo sepas

Hay gratitudes que nunca llegan a pronunciarse en voz alta, y aun así no dejan de ser ciertas. Esta es una de ellas. Escribo este capítulo sabiendo que ella probablemente nunca lo leerá, y aun sabiendo eso, necesito decirlo de todas formas, porque algunas cosas merecen ser dichas incluso sin destinatario.

Si tuviera que escoger una sola cosa por la cual agradecerle, sería el privilegio de haberla acompañado, aunque fuera poco tiempo, aunque fuera de la forma incompleta en que terminamos acompañándonos. Esos momentos pequeños que ella me regalaba —una conversación, un video de ánimo, una tarde compartida en la iglesia— fueron, para mí, un todo. No exagero al decirlo: pensar en todo lo que vivimos se ha convertido en una de las enseñanzas más grandes de mi vida, y eso que ni siquiera llegamos a ser lo que en algún momento yo quise que fuéramos.

Ese crecimiento no se quedó en lo emocional. Se extendió a casi todas las áreas de mi vida. En lo espiritual, empecé a involucrarme más en la iglesia, a estar presente cuando alguien necesitaba ayuda, a no faltar cuando había una actividad por hacer. Llegué a ser anciano de la congregación, y sé, con total honestidad, que parte de esa decisión nació de la inspiración que ella representó para mí. En lo social y en lo emocional, aprendí que la felicidad atrae a las personas, que ser colaborador construye algo bueno en el trabajo, y que se puede ser fuerte incluso cuando lo que se siente —sobre todo en el amor— no tiene nada de fácil. Todo eso lo aprendí con solo tenerla presente, sin que ella necesariamente buscara enseñármelo.

Si pudiera decirle algo directamente, hoy, sabiendo que estas palabras nunca llegarán a sus manos, no le diría simplemente gracias por estar presente. Eso no bastaría para englobar todo lo que siento. Le diría, más bien: gracias por mantenerte fiel a ti misma. Porque eso, más que cualquier gesto puntual, fue lo que realmente me inspiró. No cambió quien era para nadie, ni siquiera para sostener algo conmigo. Y esa fidelidad a sí misma terminó siendo, sin que ella lo planeara, la lección más grande que me dejó.

Hay gratitudes, también, que no se dirigen a una persona sino a algo más grande. Creo que Dios pone personas en nuestro camino con un propósito que muchas veces no entendemos en el momento. Ella fue como una paloma blanca: algo que uno puede admirar, ver batir sus alas, reconocer su pureza y su fidelidad a lo que es, sabiendo que allá donde vaya, será amada —y por sobre todo valorada— por quien la conozca. No me arrepiento de haberla visto volar, aunque no haya sido a mi lado. Le agradezco a Dios por haberla puesto en mi historia, con la forma exacta que tuvo, ni más larga ni más corta de lo que debía ser.

Este capítulo no busca una respuesta ni una reconciliación. Busca, simplemente, dejar constancia de algo que es cierto, aunque ella nunca lo sepa: que le estoy agradecido, y que ese agradecimiento, a diferencia de otras emociones que aparecieron en este libro, no necesita resolverse de ninguna otra forma. Ya está completo en sí mismo.

La gratitud
es el último lenguaje
del amor.

Porque ya no pregunta.

Ya no exige.
Ya no espera.

Solo reconoce.

Capítulo 13

Lo que me llevo, aunque no me lleve a ti

Si alguien me preguntara hoy qué fue lo más valioso que esta historia me dejó, no hablaría de ella primero. Hablaría de mí, de quién tuve que volverme para finalmente entender algo que durante mucho tiempo no supe nombrar: que tengo que ser fiel a mí mismo, para poder ser, en lo que me quede de vida, un testimonio que valga la pena para otros.

Lo curioso es que esa fidelidad a uno mismo, esa que tanto admiré en ella, fue precisamente lo que a mí me costó practicar. Mientras ella se mantuvo firme en quien era, sin cambiar para sostener nada conmigo, yo hice lo contrario: decidí cargar, decidí aferrarme, incluso cuando sabía que las cosas podían salirse de control. Llegué a pensar en quedarme así fuera necesario, sin medir del todo lo que ese aferrarme significaba para ella. No fue hasta que ella misma abrió la posibilidad de dar un paso al costado que algo en mí finalmente dijo basta. No fue mi decisión la que inició el cambio. Fue su valentía de soltar primero.

Eso me pesa, lo admito sin rodeos en este capítulo: sé que no fui justo con ella en su momento. Sé que cargué sobre ella un peso que probablemente ya sentía por su propia cuenta, sin que yo lo hiciera más liviano. Pero he aprendido que reconocer esto no tiene que convertirse en otro peso más, sino en un punto de partida. Decidir ahora no involucrarme, dejarla seguir su camino sin insistir, es un avance para los dos, no solo para mí.

De esta historia me llevo algo que va más allá de ella: la idea de que siempre se nos presenta la oportunidad de escoger bien, y que la verdadera madurez está en ser empático con el dolor que nuestras decisiones pueden causar en otros, sin esperar nada a cambio por elegir el camino que duele menos. No siempre lo hice así. Pero ahora sé que puedo, y que de mí depende intentarlo cada vez que la vida me dé otra oportunidad de elegir.

Quiero ser, de aquí en adelante, un hombre empático, atento, alguien que desarrolla los talentos que se le dieron sin dejar de revisar también sus propios hábitos. Porque entendí algo que antes no veía con tanta claridad: los errores que parecen solo nuestros casi siempre terminan tocando a quienes tenemos cerca —amigos, familia, alguien a quien quisimos sin medir bien el costo. No me lleva a ti, esta historia. Pero me lleva a mí, hacia una versión de hombre que espero sea mejor que la que empezó a escribir estas páginas.

La verdadera disculpa

no empieza
cuando uno dice
"lo siento."

Empieza

cuando el futuro
deja de parecerse al pasado.

Capítulo 14

Lo que nunca te dije

Hay palabras que uno guarda durante años, no porque falte el momento, sino porque falta el valor. Este capítulo es para esas palabras. No para cambiar nada de lo que ya pasó, ni para reabrir lo que con tanto cuidado quedó cerrado, sino para decir, finalmente, lo que durante todo este tiempo me quedé callado.

Aquel año te dije que te amaba, y en el mismo aliento, por miedo, agregué que quería ser como un hermano para ti. Esa frase no fue del todo mentira, pero tampoco fue del todo verdad. Fue la versión más segura de algo que sentía sin condiciones. Hoy, sin ese miedo encima, quiero decirlo bien: no fue solo admiración, ni solo el deseo de apoyarte en todo lo que hacías. Fue amor. Te amé profundamente. Y todavía lo hago. Y sé que siempre lo haré.

Sé que decir esto no cambia nada de lo que ya vivimos. Pero he aprendido algo en el camino de escribir este libro: amamos a las personas, aunque ya no podamos estar con ellas, y guardarse ese amor en silencio para siempre no le hace ningún bien a nadie, ni siquiera a quien lo calla. Escribir esto es, justamente, dejarlo suelto. No quedármelo más.

Si pudiera volver al pasado, sabiendo todo lo que iba a doler, haría exactamente lo mismo: conocerte de la misma manera, sufrir de la misma manera. Todo lo que sentí y viví contigo fue real, en toda su dimensión, y no fue tiempo perdido, aunque el final no haya sido el que alguna vez imaginé. Si tengo algún remordimiento, no es haberte amado. Es no haberte dicho, con esta misma claridad, que sí, que te amé profundamente, en lugar de esconderlo detrás de una palabra más segura.

Y hay algo más que nunca te dije, y que quiero que quede aquí, aunque sea solo en estas páginas: te agradezco que me permitieras conocerte, aunque fuera poco. Que abrieras tu corazón hasta donde te pareció suficiente. Para mí, eso fue suficiente. Sé que no eres alguien que se abre fácilmente a las personas, y, aun así, conmigo, lo hiciste un poco. Eso, para mí, no fue un detalle menor. Fue un regalo que no sé si alguna vez te dije bien que recibí con gratitud.

No espero nada de estas palabras. No buscan una respuesta, ni un reencuentro, ni siquiera que algún día las leas. Solo necesitaba decirlas, de una vez, sin miedo, sin condiciones, sin la palabra "hermano" disfrazando lo que en realidad sentía. Te amé. Te amo. Y eso, finalmente, ya no me pesa decirlo.

No me arrepiento
de haberte amado.

Me arrepiento

de haberle tenido miedo
a esa palabra.

Capítulo 15

Si algún día lees esto...

Termino de escribir esto un sábado cualquiera, como tantos en los que nos cruzamos en la iglesia sin que nada distinto ocurriera. La vida sigue su curso, los servicios continúan, las conversaciones con los demás hermanos siguen siendo iguales que siempre. Y, sin embargo, aquí estoy, cerrando un libro entero que empezó con una primera mirada en el 24 y que termina hoy, desde el que te escribo por última vez.

Si algún día llegas a leer esto, quiero que sepas, antes que cualquier otra cosa, que la vida siempre nos va a golpear. No hay forma de evitarlo del todo, y muchas veces, en medio del golpe, parece que ya no se puede seguir. Pero he aprendido, escribiendo estas páginas, que aparte de nuestro Dios, que sostiene todo desde un lugar que muchas veces no alcanzamos a entender, siempre habrá personas que compartan una porción de su vida con nosotros, que nos sostengan en lo que puedan, que sin proponérselo del todo nos ayuden a mantenernos en nuestro mejor estado. Tú fuiste una de esas personas para mí. Y aunque no terminamos siendo lo que en algún momento yo quise que fuéramos, no puedo negar lo que tu presencia despertó.

Este libro se llama "Lo que despertaste en mí", y si tuviera que resumir en una sola frase qué fue exactamente eso que despertaste, sería esta: que ser fiel a uno mismo siempre será lo mejor que se pueda hacer, siempre que esa fidelidad esté dentro de lo que nuestro Dios manda; y cuando no lo esté, que se tenga la valentía de tomar la mejor decisión, aunque duela. Tú lo hiciste sin proponértelo. Yo tardé más en aprenderlo. Pero al final, los dos llegamos, cada uno a su manera, a esa misma verdad.

No escribí estas páginas para que tú las leas algún día, aunque en el fondo, mientras las escribía, siempre pensé en esa posibilidad. Las escribí porque necesitaba comprenderme a mí mismo, y porque algunas historias, aunque no tengan el final esperado, merecen un lugar donde descansar en paz, sin rencor, sin reclamo, sin la sombra de la víctima ni del culpable. Espero que, si esto llega a tus manos, lo leas sabiendo que no busca nada de ti. Ya está completo en sí mismo.

Y a quien lea esto sin haberte conocido, sin saber quién eres ni lo que significaste, quiero dejarle algo igual de importante: si conoces a una persona que te impulsa a ser una mejor versión de ti mismo, trátala con mucho cuidado. No todas las personas que cruzan nuestra vida nos cambian de esa manera. Cuando aparece alguien así, sin importar si la historia termina como uno la imaginó, hay algo sagrado en haberla conocido, y eso merece ser cuidado, no desperdiciado.

Cierro este libro como cierro, en cierto modo, una etapa entera de mi vida: agradecido, en paz, todavía aprendiendo, todavía caminando. No sé qué le depare el tiempo a tu historia ni a la mía, si algún día volveremos a cruzarnos de otra forma, o si simplemente seguiremos siendo, como ahora, dos personas que comparten una congregación y un saludo los sábados. Lo que sí sé es que lo que viviste e hiciste nacer en mí ya no se puede deshacer, y no tengo intención de pedir que se deshaga.

Si algún día lees esto, no busques en estas páginas un reclamo ni una invitación a volver. Busca, simplemente, la honestidad de un hombre que aprendió, gracias a ti, a vivir mejor. Y si no llegas a leerlo nunca, que sepas que igual quedó dicho, en algún lugar, para quien tuviera la fortuna de encontrarlo.

Cerrar una historia

no es borrar
su nombre.

Es dejar
que ocupe
el lugar correcto

en el corazón.

Este libro se terminó de escribir
un sábado cualquiera de 2026.